

México, D.F., 3 de septiembre de 2012.

Versión estenográfica de la Conferencia Magistral: “Educación y Ciudadanía Democrática”, en el 2° Foro Internacional de Filosofía en la Educación Media Superior: La Formación Docente y Ciudadanía Democrática, realizado en el Auditorio Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología de esta ciudad.

Presentadora: Vamos a continuar con la Conferencia Magistral “Educación y Ciudadanía Democrática”, que dictará el doctor Jorge Linares.

El doctor Jorge Enrique Linares Salgado, es Subdirector del Seminario de Investigación de Ética y Bioética de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 2004 obtuvo el grado de doctor en Filosofía por la UNAM, y es profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad desde 1996.

En 2008 obtuvo la titularidad como profesor de tiempo completo definitivo. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores en el nivel 2. Se ha desempeñado desde 2003 como tutor y profesor en tres programas de posgrado de la UNAM, donde ha impartido seminarios y cursos sobre Ética de la Ciencia y la Tecnología, Bioética y Ética contemporánea, asimismo es profesor y tutor en el máster y doctorado interuniversitario en Filosofías, Ciencia y Valores que coorganizan la Universidad del País Vasco y la UNAM en San Sebastián, España. Ha sido profesor visitante del máster en Bioética y Derecho de la Universidad de Barcelona y en el máster en Gestión Ambiental de la Universidad Internacional de Andalucía.

Actualmente es Coordinador del Posgrado en Filosofía de la Ciencia y Subdirector del Seminario de Investigación de Ética y Bioética, dirigido por la doctora Juliana González.

En 2007 ganó el Premio Nacional de Filosofía de la Asociación Filosófica de México, y en 2005 obtuvo el premio de la Académica Mexicana de Ciencias por la mejor tesis doctoral en Humanidades.

Una muestra principal de su trabajo se plasma en el libro “Ética y mundo tecnológico”, coeditado por el Fondo de Cultura Económica y la UNAM, así como en 10 capítulos en libros y en diversos artículos en revistas arbitradas.

Por favor un fuerte aplauso para él nuevamente.

Dr. Jorge Linares: Buenas noches a todos. Muchas gracias por la invitación a este foro. Espero no agarrarlos ahora muy cansados, y quisiera proponerles algunas reflexiones en torno al tema genera que nos convoca en esta primer día Educación y Ciudadanía Democrática.

En 1959 Peter Snow planteó la tesis de la escisión entre las dos culturas. Por un lado la cultura literaria y humanística y por otro lado la cultura científica y tecnológica.

A estas dos culturas corresponden también distintos tipos de praxis. La primera es simbólica y hermenéutica, porque intenta a partir del lenguaje interpretar y configurar nuestra visión de la realidad.

La segunda es técnica y operativa, pues interviene en la naturaleza y en la sociedad mediante explicaciones científicas y sistemas técnicos para producir cambios en la realidad, dando también lugar a nuevos valores y representaciones.

La disociación entre esas dos modalidades de praxis y por tanto dos modelos de educación y de formación ciudadana, constituyen ahora un lastre que puede impedir la realización de los objetivos más alentadores de una sociedad que aspira fundar el desarrollo humano en el conocimiento.

Voy a enfocar entonces la conferencia en esta confrontación, en esta división entre dos culturas generales en la sociedad actual y qué podríamos proponer, en general, como un modelo educativo desde la educación media y media superior.

Y desde luego en las sociedades actuales también tienen influencia otras culturas cognoscitivas, míticas, estéticas, religiosas, pero su papel es cada vez más marginal, porque es claro que la cultura científico tecnológica se ha extendido como una nueva cultura mundial, uniforme, y se ha convertido en el fundamento del proyecto mismo de la sociedad del conocimiento, por ello, en la cultura contemporánea el componente tecnocientífico es tan dominante, que no resulta una exageración denominar la tecnocultura global.

No obstante el escenario futuro que perfila dicho predominio resulta problemático, porque existe el riesgo de que en la sociedad del Siglo XXI la cultura se vuelva unidimensional y pierda su vital pluralidad, al debilitarse el rico bagaje de conocimientos, formas de experiencia y saberes tradicionales, de ahí la importancia de defender la cultura humanística en todos los niveles de educación, resulta determinante para la formación de los ciudadanos en una sociedad auténticamente democrática, asumiendo que una democracia solo es posible con una sociedad civil que acceda autónomamente a la educación como medio de ejercer y defender sus derechos.

Si el declive la cultura humanística, tanto en la educación como en la vida diaria continúa, el dominio de esa tecnocultura global conllevará también el avasallamiento de las otras culturas tradicionales y, por ende, la pérdida irremediable de conocimientos y experiencias muy valiosas para la supervivencia humana. Es decir, la condición para asegurar la diversidad cultural, así como el empoderamiento de los ciudadanos en sus propios derechos, pasa por la permanencia de la vieja cultura humanística filosófica, pero no es solamente una permanencia de mera conservación, sino de transformación y de renovación.

Me encantaría plantear como idea rectora para una educación ciudadana democrática, la necesidad de que la cultura tecnocientífica, esta primera cultura, a la que denominaré Cultura 1 en adelante, deba ser modulada, regulada, informada en la educación, por una serie de valores y prácticas ético-políticas que provienen de la vieja cultura humanística, que llamaré Cultura 2. Para ello, sostendré la necesidad de una formación humanística en la educación media y media superior, que introduzca en dicha tecnocultura una perspectiva reflexiva y crítica sobre los problemas globales que ha producido el

desarrollo tecnocientífico, así como una perspectiva plural sobre los diversos problemas sociales y políticos actuales.

La primera tesis es que, la Cultura 1, recuerden, tecnocientífica, prevalece en ella una racionalidad pragmática y tecnológica que es impulsada por el desarrollo de lo que varios autores hemos denominado tecnociencia. No abundaré en este concepto, pero solo diré que la tecnociencia implica la estrecha interdependencia entre la investigación científica, la innovación tecnológica y el desarrollo, la innovación y la competencia económica en el mercado capitalista global.

El predominio actual de la Cultura 1, no se puede comprender sólo en términos meramente epistémicos, sino debe verse en términos pragmáticos, políticos y económicos. Es decir, la Cultura 1 posee la mayor influencia social, porque constituye una forma de poder operativo y transformador, y no porque sea una mejor manera de conocer la realidad. La racionalidad tecnocientífica no es ya un discurso teórico ni solamente un conjunto de explicaciones científicas, es fundamentalmente poder tecnológico y económico de transformación, de posicionamiento competitivo en el mercado y de obtención de ganancias y resultados inmediatos, que finalmente tienen sentido como acumulación de capital y poder político.

Esta nueva razón tecnocientífica, nueva, porque es realmente del último siglo, ha podido desplazar a la razón teórica, tanto científica como filosófica, del puesto central que ocupó en la civilización occidental.

En el nuevo paradigma de la racionalidad tecnocientífica, la ciencia y sus fines epistémicos, verdaderamente teóricos, explicativos, las ciencias o fines epistémicos explicativos ya no representan el núcleo más significativo y valorado de la praxis social, sino que ahora las ciencias están en muchos aspectos subordinadas a la actividad tecnológica y a sus fines productivos.

En los últimos años, el predominio de esta racionalidad tecnológica en el desarrollo del conocimiento, ha derivado también en un giro pragmático en los sistemas educativos y en el adelgazamiento del corpus teórico de las disciplinas científicas que se enseñan en los

programas de educación media y básica. Si esta tendencia se acentúa también con la progresiva privatización y mercantilización de la enseñanza y de la educación superior, la glamorosa sociedad del conocimiento de nuestro siglo podría perder paulatinamente capacidades teóricas y reflexivas, habilidades que han sido propias de la cultura humanística.

Dicha reducción cultural y educativa en los últimos años ha provocado que las sociedades actuales enfrenten serias dificultades para resolver problemas globales, como el cambio climático, las crisis financieras, el crimen organizado o la pobreza y desigualdad crecientes que afectan cada vez más a millones de personas y a otros seres vivos.

Por tanto, una de las cuestiones cruciales sobre los escenarios para la educación y la formación ciudadana en los años por venir, consiste en determinar cuál debe ser el papel de la vieja cultura humanística y filosófica, la cultura 2, en esta pretendida sociedad del conocimiento.

¿Será solamente comparsa de la cultura predominante, una excentricidad, una praxis con relevancia más ornamental que fundamental o de plano habrá que eliminarla por irrelevante y esnobista?

Segunda tesis. El insustituible servicio que puede prestar la cultura 2 en un proyecto integral de educación y formación ciudadana, consiste en introducir una praxis reflexiva dentro de la formación misma en ciencia y tecnología desde la educación media y media superior. Esto tendría efectos sociales y políticos de primera importancia.

Una ciudadanía formada en la cultura tecnocientífica, pero con perspectivas críticas que provienen de la cultura humanística, puede ser mucho más participativa, proactiva, no meramente reactiva y, sobre todo, propositiva.

Una ciudadanía educada en ambas culturas, pero no esquizofrénicamente o como sucede ahora siguiendo esta dicotomía de Peter Sloterdijk, puede buscar y exigir información, producir nuevos conocimientos y cuestionar tanto los fines, como los medios de todas las acciones colectivas y sociales; esa es la condición indispensable para la consolidación de una verdadera sociedad democrática.

Ahora bien, la cultura 1 abarca en sentido amplio mucho más que solamente conocimientos técnicos y científicos, se extiende a una constelación de simbolizaciones, deseos, aspiraciones, valores y concepciones políticas que influyen directamente en la sociedad contemporánea determinando el rumbo de las transformaciones culturales o poniendo en crisis costumbres y normas tradicionales.

Las tecnociencias crean nuevas posibilidades y son la fuente de capacidades individuales y sociales. Ahí su efecto emancipador.

Pero también generan la ilusión de poder y nuevos temores o angustias ante la transgresión de límites simbólicos en la manipulación de la naturaleza y aún de la vida humana.

En la cultura 1 se han adaptado muy bien los valores y actitudes típicos de la modernidad, del afán de la innovación, la ambición y la concentración del poder, la creencia ciega en el progreso, una visión evolucionista que derriba toda concepción substancialista, el antropocentrismo dogmático que sigue concibiendo a los demás seres vivos como cosas que sólo están a nuestro servicio, etcétera.

Por ello, la cultura 1 se ha convertido en el principal impulso de una irrefrenable voluntad de poder, como habría dicho Nietzsche, en que se despliega arrasando todos los límites y contenciones naturales y sociales.

Y como decía, la cultura 1 tiene, por un lado, este aspecto emancipador, liberador de todas las ataduras naturales y sociales que constriñen la libertad individual, pero también posee el otro aspecto desafiante, desbordado, híbrido, desmesurado.

Por consiguiente, la misión primordial de la cultura 2, la humanística en la educación, podría radicar en atemperar y contener los impulsos desmesurados de esa cultura tecnológica que se pretende ahora todopoderosa y omniabarcante. Y es que la cultura 1 no puede determinar por sí misma qué debemos hacer con ese poder técnico o qué cosas es preciso intentar y de qué cosas es mejor abstenernos.

En suma, ¿qué decisiones debemos tomar colectivamente en vista de la responsabilidad que tenemos con el futuro de la humanidad y con el resto de los seres vivos que habitan el planeta?

Mi tercera tesis puede parecer paradójica.

Para que se genere un verdadero diálogo, una interacción equilibrada entre las dos culturas que supere su actual polarización, les decía, esta especie de esquizofrenia que existe en la educación, por un lado la formación científico-técnica, por otro lado la formación humanística cada vez más reducida, debe rescatarse y preservarse su diferencia esencial, pues también existe el riesgo de que la cultura 2 sea reducida a los esquemas conceptuales y prácticos de la cultura, y sobre todo, en los sistemas de enseñanza.

Es decir, si no se puede eliminarla, hay que adaptarla a la cultura anterior y aparece todo el discurso técnico de las competencias y de las actividades prácticas y de los resultados y la de mediciones y tal y cual.

Es decir, no necesariamente ese es el problema, pero esa es una forma en la que se ha intentado solucionar esta división.

Y de hecho esto ya ha sucedido, les decía, con los núcleos teóricos de muchas disciplinas científicas. Cada vez están más reducidos, más marginados; nos enseña de ahí la ciencia como explicación teórica de la realidad, sino como un modo de producir resultados pragmáticos, artefactos y realizaciones tecnológicas.

El diálogo fructífero entre las dos culturas implica mantener entonces la distinción de esos fines. La finalidad de la cultura dos, la humanística, consiste en cultivar y formar capacidades reflexivas y valorativas en los sujetos, más que intervenir en los objetos de la realidad, su finalidad es teórica y contemplativa en sentido *lato* como habría dicho Aristóteles. Puede orientar, desde luego, las prácticas, pero no puede asumir fines pragmáticos inmediatos.

Su efectos y frutos no se pueden medir fácilmente, hay un problema muy complicado, sino que resulta más bien un proceso a largo plazo de maduración auto reflexiva que no se consigue con unos cuantos

cursos, unos cuantos años; tendría que, esta formación tiene que correr a lo largo de toda la educación desde la más temprana edad hasta la Universidad.

Este carácter transversal no significa que se liguen sus contenidos, como mucho se ha discutido en los programas de estudio, tiene que haber programas dirigidos específicamente a formar estas capacidades a estas habilidades.

Otro problema es cómo se miden, realmente es un problema secundario, el chiste es que estén presentes en la formación, en la educación media y media superior.

Es también necesario rescatar el carácter teórico de las ciencias, de la ciencia como explicación, como empresa de investigación, afán de conocimiento; como decía Merton, con escepticismo organizado y metódico, pues en ello también reside el potencial secularizador y democratizador de la cultura uno y de la cultura dos, como habilidad tanto en explicación de la realidad como de confrontación y cuestionamiento de aquellos haberes consabidos, de los mitos, tradiciones y costumbres.

De este modo un modelo adecuado de cultura y de educación para la sociedad del conocimiento debe salvaguardar la diferencia entre las dos culturas, pero tiene que buscar eliminar su divorcio y la esquizofrenia en que se mantienen actualmente.

Para ello en cada disciplina se requiere un núcleo teórico y verdaderamente filosófico para que los estudiantes se habiliten también en una praxis reflexiva sobre los problemas éticos y políticos que son inherentes a cada ejercicio profesional.

Asimismo, el estudio de las disciplinas tradicionales de la cultura dos, la filosofía, la historia, la literatura, incluso otras ciencias sociales como la sociología o la economía deben abarcar como parte constitutiva y primordial el currículum, la evolución, como objeto de estudio la evolución de esa otra cultura, la tecnológica-científica, para reflexionar sobre los problemas sociales y ambientales que se derivan de su desarrollo.

No es posible que sigamos formando científicos y técnicos que ignoren la tradición humanística y que no se dan cuenta de sus actos valorativos cargados de consecuencias políticas y ambientales, pero tampoco que formemos humanistas que carecen de la más mínima cultura científica y técnica. Y esto debe empezar en la educación media.

Una cuarta tesis: El imperativo para la educación en el tránsito hacia esa sociedad del conocimiento sería doble. Por un lado hay que evitar la reducción tecnocientífica de los conocimientos y los valores, es decir, la imposición de esa racionalidad pragmática, unilateral incapaz de ser autocrítica y auto reflexiva.

Y dos, por otro impulsar una cultura de deliberación pública para combatir todos los dogmatismos y las polarizaciones ideológicas y políticas que permean fácilmente ante el conflicto de intereses y de valores.

Insisto en que ambas condiciones sólo podrían cumplirse mediante una cultura tecnocientífica modulada, criticada por la cultura humanística.

Es necesario que además de fortalecer la formación teórica y especulativa en las ciencias y en la filosofía, se integren los planes de estudio de los científicos y tecnólogos una preparación para la deliberación ética y política de los problemas que suscita la praxis operativa de la cultura uno. Esta formación tiene un doble propósito, desarrollo una conciencia crítica de los problemas tecnocientíficos que han surgido y preparar especialmente a los científicos y tecnólogos que se formarán para argumentar y deliberar en las controversias públicas sobre las consecuencias sociales y ambientales.

Muchas veces veo que me he enfrentado a esos casos, los científicos no están preparados para ello y no pueden argumentar adecuadamente, no se dan cuenta el montón de prejuicios y de ideas preconcebidas y de valores no precisamente muy conscientes que anteponen y que revisten a veces de supuestos conocimientos objetivos.

Pero esta formación, esta integración, estas dos capacidades o culturas finalmente dos modos de ver el mundo, debe comenzar en la educación lo más temprano que se pueda, y debe desarrollarse como una experiencia y un hábito deliberativo para que verdaderamente la gente que alcance estos niveles de formación profesional tenga la habilidad de esta capacidad de razonamiento colectivo.

La impregnación de la formación humanística en la cultura uno tendrá el propósito de hacer que a los estudiantes más receptivos a la pluralidad moral, cultural y política, al mismo tiempo que asimilan conocimientos científicos y técnicos, asimismo más sensibles a los dilemas y riesgos que comportan las decisiones valorativas, que no son meramente problemas técnicos sobre el desarrollo tecnocientífico, así como sobre las consecuencias positivas o negativas que puedan entrañar para otros seres humanos o para el medioambiente.

Por consiguiente la deliberación pública sobre los beneficios y riesgos de las intervenciones tecno-científicas constituyen la condición esencial de una cultura ciudadana democrática, capaz de construir consensos y resolver en lo posible y de un modo racional los disensos y las controversias.

En esta deliberación y argumentación plural y pluridisciplinaria deben converger las dos culturas. O sea, se trata de formar ciudadanos habilitados por el debate, para la controversia a partir de tanto los conocimientos científicos y técnicos como de las habilidades reflexivas y valorativas que provienen de esa tradición humanística y filosófica.

Quinta tesis, la interrelación entre las dos culturas puede formar una nueva capacidad prospectiva además, como resultado de lo que yo he llamado una frónesis colectiva en el sentido tradicional de prudencia, de razón práctica, deliberativa en la toma de decisión, participativa, pública, social, metódica.

De este modo las innovaciones tecno-científicas no se considerarán viables, son en función exclusiva de criterios y valores económicos y factibilidades técnicas, sino también a partir de valores y normas éticas, interculturales y políticas. Y de hecho cualquier problema público, cualquier asunto de interés público tiene esta connotación de una controversia científico-técnica y una controversia política, sea

sobre las leyes y normas ambientales o que regulen las prácticas biomédicas o el desarrollo de la industria biotecnológica o la distribución de las rentas o los sistemas de protección civil o los sistemas de salud y educación. Todos éstos se han convertido en deliberaciones muy complicadas, muy técnicas en las que deben de participar todos los ciudadanos, en principio, concernidos o que estén interesados o que sean potencialmente afectados por esas decisiones.

Para ello debe preparar la educación, para esa deliberación pública, política, para ser ciudadanos mucho más participativos y no solamente reactivos en cuanto que las políticas no los benefician directamente o sean también presas de tendencias ideológicas no precisamente muy reflexivas.

Así, pues, rescatar el servicio práctico de la formación contemplativa, teórica, reflexiva de la cultura humanística en la formación ciudadana constituye una tarea política urgente para las instituciones de educación, y para que éstas contribuyan a fortalecer entonces, como he dicho, esta cultura, podemos llamarle cultura de deliberación y disolución de controversias sociales.

Sexta tesis, que intenta matizar las anteriores. Para que se genere una fructífera interacción de las dos culturas, la cultura tecnológica, tiene que informarse qué decir, adquirir forma o perfeccionarse a través de las valoraciones y críticas que puede obtener de los lenguajes valorativos de la cultura dos. Requerimos entonces una tecno-ciencia modulada o informada de cultura ético-política, pero a la vez una cultura humanística que se propague universalmente y se desarrolle a través de las redes globales del lenguaje operativo de la cultura uno.

Como hemos dicho al inicio en nuestra época esa cultura tecno-científica se ha transmutado en tecno-cultura global. Ello tiene, sin duda, una faceta positiva. Las tecno-ciencias han contribuido a formar una imagen del mundo más homogénea y dinámica, que han confrontado así a la conciencia moderna con el carácter evolutivo del universo natural y del mundo humano.

Gilbert Simondon, un filósofo francés sostenía que la difusión social de los principios de la cultura científico y tecnológica habían permitido a partir del gran proyecto de la ilustración, plasmado en la Enciclopedia,

universalizar la cultura técnica y establecer principios generales de una racionalidad pragmática y operativa, pero Simondon pensaba que en nuestra época, antes esta disociación de las dos culturas. También había leído estos textos de Peter Sloterdijk, era necesario iniciar una segunda ilustración para equiparar el conjunto de la cultura, es decir, la vieja cultura humanística al grado del desarrollo actual de las tecnologías y el nivel de complejidad de los conocimientos y de la producción arte-factuales.

La cultura tecno-científica ha generado también un gran poder emancipador para el ser humano, pues ha creado una serie de posibilidades materiales para escapar de las determinaciones naturales y sociales, sean estas morales, políticas o incluso religiosas.

Sin embargo, el efecto de las innovaciones tecnocientíficas es más bien ambivalente, porque estas han creado nuevas posibilidades de emancipación individual y, al mismo tiempo, nuevas formas de necesidad artificial, de aislamiento y atomización social, que acaban a veces por pulverizar las posibilidades que se habían desarrollado para acrecentar la libertad individual.

Así, pues, no todo efecto ha sido positivo en ese avance emancipador de la tecnociencia, esa transformación ilustrada del mundo. En los últimos años, la cultura tecnológica se ha impuesto en todo el orbe por su implacable dominio sobre la naturaleza, por su poder de transformación social, por su fuerza militar, económica y política, pero no principalmente como hubieran querido los ilustrados por consolidar una racionalidad común y por generar la concordia en todo el mundo. Por el contrario, hemos presenciado el terrible espectáculo de a barbarie civilizada, en la que han sido protagonistas lamentablemente la ciencia y la tecnología, los componentes esenciales de la Cultura 1 han potenciado y diversificado las aspiraciones humanas, pero han propiciado también la movilización de los deseos más egoístas, más regresivos y a veces tanáticos, y algunos sueños utópicos, irracionales como el que aspiraba a la creación de una nación de raza pura o la construcción de nuevas sociedades surgidas de la violencia revolucionaria, ambas utopías no eran más que formas de violencia genocida, armadas con medios científicos y técnicos.

Asimismo, por eso leí la idea de atemperar y regular ética y políticamente esa cultura científico-tecnológica. Asimismo, la cultura tecnocientífica ha movilizad también fuerzas contradictorias en nombre del progreso, al contribuir a la desestabilización de las identidades tradicionales, al desarraigo y atomización de los individuos, al desencantamiento del mundo, ha provocado la angustia de muchos y ha suscitado diversos movimientos fundamentalistas que tratan de aferrarse a veces a las tradiciones culturales más cerradas, que van del nacionalismo al integrismo, hasta los fanatismos ideológicos o religiosos.

Mi tesis séptima aquí es que la cultura tecnocientífica sólo puede seguir actuando como una fuerza emancipadora en lo que tiene de positivo, si contribuye a generar condiciones de tolerancia y de pluralidad moral y política, es decir, si ella misma no se vuelve dogmática. Sólo en aquellas sociedades donde se promueven y se protegen las libertades individuales, la libertad de expresión y de pensamiento, el derecho a la información, la libertad de investigación, es posible este ambiente de tolerancia, y esos valores otra vez provienen de la vieja cultura humanística.

El potencial emancipador de la cultura tecnológica, que se convirtió en un modo de racionalización y secularización del mundo, debe continuar, a pesar de los problemas y desequilibrios sociales que genera, puesto que una gran parte de la humanidad todavía sigue sumida en la falta de conocimientos que son patrimonio de la humanidad, en integrismos ideológicos, en reacciones tribales de culturas políticas y religiosas muy cerriles.

Un cambio histórico de la envergadura que puede comportar la consolidación de esa tecnocultura global como cultura hegemónica en la sociedad del conocimiento, debe llamarnos, sin embargo, como he dicho, a una reflexión cuidadosa. Las culturas habían sido hasta ahora locales y plurales, situadas en un territorio, en un tiempo histórico, codificadas en una lengua y una tradición, por ello, la idea de una cultura universal parece un contrasentido para la historia de la humanidad.

La universalidad o, más bien. La uniformidad de la cultura tecnocientífica podría destruir paulatinamente, esto es un temor a

veces fundado, podría destruir paulatinamente aquellas culturas locales y principalmente las culturas tradicionales, las cuales siguen siendo la base de identidades individuales y colectivas. ¿Pero es irreversible el proceso de formación de esa tecnocultura mundial, cada vez más homogénea y cada vez más abarcadora, uniforme, unidimensional? ¿Podrían converger todas las demás culturas tradicionales que existen sobre la tierra en esta nueva tecnocultura universal? ¿Tienen cabida en ella? Parece que solo el aislamiento fundamentalista o la marginación social que implica la falta de educación, y la pobreza, serán los únicos diques de contención para el torrente poderoso de esa uniformidad que emana de la tecnocultura contemporánea.

Durante toda la historia, el aislamiento geográfico natural determinó la evolución y derivación de las culturas. Ahora, en un planeta unificado por los transportes y las tecnologías de la información y la comunicación, el aislamiento físico es cada vez menor y las diferencias culturales se integran en una unidad indiferenciada de la nueva geografía de la virtualidad y la telepresencia.

Podemos esperar, en consecuencia, que las culturas converjan cada vez más en el crisol de las nuevas necesidades pragmático-tecnológicas, pero en la medida en que la diversidad disminuya y la cultura se congregue o se difuminen, la herencia cultural de la humanidad se concentrará en unos cuantos rasgos con la consecuente pérdida de la riqueza de su acervo.

Sin la difusión de la información cultural no estaría sujeta a las influencias geológicas, que fueron más bien azarosas, entonces tenemos nosotros los que deberíamos decidir la selección de los mejores rasgos culturales y su difusión en una sociedad global, plural y unificada en ese nuevo crisol que denominamos la sociedad del conocimiento; así la sociedad contemporánea tendría por primera vez la responsabilidad de promover su propia evolución cultural, pues esta se volvería objeto de decisiones intencionales cada vez más precisas.

Para ello debería haber deliberación suficiente y contar con aprobación social más amplia y la legitimidad política mínima.

También en el ámbito de la información cultural o de esta malformación cultural podría haber una especie de eugenesia cultural para seleccionar los mejores rasgos, conocimientos y prácticas.

¿Pero quién va a decidir eso, cuáles son los rasgos culturales que vamos a seleccionar para conformar esa nueva cultura universal, suponiendo que fuera posible?

Muchos de los rasgos que forman la herencia cultural contemporánea en muchas tradiciones son sexistas, homófobos, etnocentristas, xenófobos, antropocentristas y con una escasa visión de la responsabilidad hacia el futuro.

Estos son de hecho rasgos que comparten las culturas principales de la civilización occidental, para no ir más lejos.

El proceso educativo de una sociedad del conocimiento global tendría que convertirse en una especie de recombinación cultural, le decía: “selección intencional de rasgos culturales mediante los procesos educativos”. Pero también existe el riesgo de una selección mal hecha, arbitraria o que pueda perder en el camino algunas propiedades necesarias o positivas de las culturas.

Para contrarrestar el efecto negativo de una nueva selección cultural en los procesos educativos deberíamos apostar, por un lado, por la preservación de la diversidad cultural y para evitar la pragmatización de todas estas tradiciones.

Ello implica acciones concretas de preservación de la diversidad cultural como una tarea ineludible en la formación política del ciudadano, es decir, en los sistemas educativos.

Sin embargo, no parece idóneo mantener simplemente la yuxtaposición estéril de la diversidad de culturas y saberes que obstaculice la formación de una cultura auténticamente universal, adecuada a los problemas globales que hoy nos desafían. Aquí es otro problema.

Esto es, no resulta suficiente preservar la mera diversidad cultural de facto, la que existe como tal. Tendremos la necesidad de iniciar un

proceso de selección intencional, de valoración y de evaluación de esas propiedades culturales que finalmente son prácticas, conocimientos y valores que hemos heredado de las tradiciones.

Esa valoración debe formar parte del proceso de la formación ciudadana junto con la formación en ciencia y tecnología y con la formación de la vieja cultura humanística.

Valores fundamentales como la tolerancia, la justicia, la autonomía, la responsabilidad, la diversidad social, sexual, cultural, etcétera, pueden orientar las evaluaciones de las culturas actuales y formar parte del currículum que las prácticas o habilidades que deberían aprender los estudiantes en esa formación básica.

Y además esto se puede concretar en los programas de estudio en los problemas de bioética, de justicia distributiva, de ética de la ciencia y la tecnología, en programas de tipo CTS. Es decir, hay que actualizar los conocimientos y las formas de enseñanza y aprendizaje para lograr una inmersión total de los estudiantes en esta complejidad valorativa y tecnocientífica en la que estamos ahora metidos.

Vivimos ya en un mundo globalizado por los diferentes conflictos y dilemas que enfrentamos, no mencionaré una larga lista que podríamos ahora hacer.

Y esos conflictos y graves problemas que ahora nos aquejan no podrán ser solucionados si no podemos responder con una deliberación política y ética, que sea capaz de crear por lo menos una red global de acción, una cultura universal verdaderamente cosmopolita, no una universalidad abstracta como se había pensado antes, sino una universalidad concreta, diferenciada, que sea capaz de recoger la diversidad pero de apuntalar los valores más importantes o los valores verdaderamente universales que sean capaces de unificar a todas las culturas y pueblos del mundo.

Una de las apuestas que ahora se discuten en la ética contemporánea y en la filosofía política es la conformación de estas estrategias cosmopolitas recuperando viejas ideas que provienen desde la tradición griega o la filosofía moderna, por ejemplo, en Kant. Sin embargo, me temo que el escenario más probable es que ante el

avance de esa tecnocultura mundial estandarizada, homogénea, cada vez más uniforme, y eso gracias a este proceso educativo esquizofrénico, con poca o nula presencia de la cultura humanística filosófica, las comunidades tradicionales, en todo caso, sólo les quedará cerrarse sobre sí mismas y aferrarse a sus entidades tradicionales conservando alguno de los rasgos de su herencia cultural, muchos de los cuales no son precisamente positivos ni se pueden universalizar.

Nos aproximaremos, en todo caso, al escenario de un mundo dividido en dos segmentos polarizados y en muchos aspectos inconmensurables. Los individuos tendrán que adaptarse a una doble vida cultural, la de su propio grupo local, que puede ser una cultura cerrada y conservadora tradicionalista y el de esa tecnocultura global abierta pero avasallante, dogmática e intolerante como las primeras, como de hecho ya sucede en muchos sitios del planeta,

Por una parte el pueblo las microculturas aferradas a los rasgos etnocéntricos más fuertes en donde incluso no penetra la cultura tecnocientífica, y por otra parte el pueblo de cultura global en el que predominará esa tecnocultura sobre las diferencias culturales locales y tradicionales.

En esta dualidad se diversificaría una oferta cultural de saberes y formas de vida como si fueran objetos de consumo que se venden en aparador, pero ello no solucionará la creciente fragmentación y la segregación de las culturas, por lo que podrían agudizarse aún más los conflictos interculturales y los desfases en los sistemas educativos.

Nuestra civilización está en riesgo de segmentarse en estos dos polos, justamente cuando habitamos un mundo que enfrenta problemas ecológicos, económicos y políticos que afectan a todos.

Quizá la nueva esquizofrenia que se avecina, ya teníamos la esquizofrenia ante las dos culturas de la que hablaba Peter Sloterdijk, es la que se producirá entonces entre esa tecnocultura global y las culturas locales marginales y etnocéntricas, entre ellas podría quedar arrumbada o marginada la vieja cultura humanística y filosófica.

La última reflexión que quiero proponer aquí es que si la tecnocultura actual se consolida como auténtica cultura universal, global, requiere que se complemente y se contrapesa con una correspondiente universalización de valores y rasgos de la cultura dos.

Y esta complementación puede a partir de un proyecto educativo que funcione como plataforma para articular las diversas culturas locales y tradicionales con esa dominante cultura universal y global. Ya hay proyectos de rescate de saberes tradicionales, de revaloración de los conocimientos que no son científicos; es decir, hay proyectos que han avanzado en esta línea y que ahora mismo generan diferentes vías de investigación y de acción en el mundo.

Y además es necesario que confluyan en el espacio público de la deliberación y la argumentación sobre el desarrollo humano y la justicia social, la gobernabilidad democrática y la innovación tecnocientífica.

El fundamentalismo y las sinergias tradicionales no socavarán la hegemonía de esa cultura universal que parece ya posicionarse como avasallantemente dominante.

Pero esta tecnocultura global no es estable, no asegurará para nada una convivencia pacífica, la uniformidad no será, digamos, estabilidad o convivencia armónica y no lo logrará ni siquiera mantenerse si no es atemperada con los valores que provienen de la cultura humanística y filosófica.

Por el contrario, si no logramos conformar una red, digamos, de una ética planetaria y una política global para enfrentar los problemas comunes, afianzar la idea de un derecho internacional y una serie de instrumentos políticos y legales para enfrentar los riesgos de la crisis ecosocial, no será posible ni garantizar las libertades individuales ni la conservación de la biodiversidad y la diversidad cultural, ni siquiera solucionar los más leves conflictos que se producen en todas las sociedades.

Si la nueva cultura universal que se está gestando domina por la finalidades pragmáticas y negatistas de la tecno-ciencia y la economía

de mercado, sólo sería una modalidad tecno-cultura uniformadora, pero no integradora, sino excluyente, violenta y no pacífica.

Por esta ruta la utopía de la sociedad del conocimiento, de la que ahora se habla, en el fondo está el predominio, como decía al principio de esta cultura tecno-científica, podría convertirse más bien en la pesadilla global de un futuro empobrecido culturalmente. Así pues nuestro porvenir dependerá de la manera en que logremos o no articular estas dos culturas tradicionales, en realidad estas dos grandes culturas, la científico-tecnológica y la humanística en la educación y en el ámbito público de las interrelaciones éticas y políticas.

Como ven, el desafío es bastante grave y si no dirigimos nuestros pasos hacia una integración de estas dos modalidades de praxis y de formas de entender y concebir el mundo, no creo que tengamos posibilidad de poder resolver ni en lo inmediato ni a mediano ni a largo plazo los graves problemas globales que hoy enfrentamos.

Muchas gracias.

Presentadora: Bueno, ahora sí vamos a tener por aquí unas preguntas para él. Tenemos tiempo.

Dr. Jorge Linares: Preguntan sobre si habría también una fractura entre lo público y lo privado. Y mencioné, por ejemplo, que esa cultura tecno-científica está ligada a la economía capitalista, está impulsada y es ahora el motor principal de la economía, toda innovación tecno-científica y que aparece en el mercado está, digamos, proviene de la investigación científica y tecnológica. En esa medida parece que los conocimientos científicos tienden más a la privatización, se convierten en patentes, se convierten en secretos industriales, se convierten en conocimientos que incluso son protegidos por seguridad nacional, etcétera, etcétera.

Hay ya una tensión ahí entre el conocimiento científico como un bien público y la privatización del conocimiento que es el bien principal para producir mercancías y artefactos que se venden en el mercado.

Y ahí tienen, por ejemplo, los conflictos entre las empresas como entre Apple y Samsung, que hay una discusión sobre las patentes de quién le copio a quién. Y sobre la idea de que el conocimiento y la innovación tecnológica debe ser propiedad de unos cuantos que exploten unos cuantos para su beneficio privado.

Esto puede llegar a ser, incluso, muy conflictivo, por ejemplo, cuando las universidades públicas son el semillero de nuevas innovaciones tecnológicas, que van a ser vendidas no necesariamente como patentes públicas o patentes de toda la universidad, sino patentes privatizadas a otras empresas.

Por un lado siempre se piensa, esta es la forma en que funciona la economía y no hay otro modo. Pero ha habido propuestas interesantes de algunos filósofos, por ejemplo, simplemente por citar a Thomas Pogge, que hablaba de una forma de producir, por ejemplo, medicamentos para atender las enfermedades más graves y que causan más letalidad en el mundo, que son enfermedades no de los países industrializados y ricos, sino está el mercado farmacológico sino de los países menos desarrollados en el que podrían entrar consorcios internacionales, agencias gubernamentales y los gobiernos mismos para generar empresas que generaran estos productos.

Entonces, hay formas en que se podría resolver esa atención. Pero, en general, es una tendencia muy marcada de que el conocimiento tecno-científico tiende a esta privatización y favorece entonces por vía de las patentes y la innovación tecnológica la privatización del conocimiento. O sea, cada vez, la información más importante, más crucial, las bases de datos, las fórmulas, los conocimientos, técnicos, etcétera, ya no son un objeto de propiedad pública, ni siquiera para las universidades.

Bien, ¿cómo puedo conseguir su tesis doctoral? Está publicada como libro en el Fondo de Cultura Económica, se llama “Ética y mundo tecnológico”, y luego puedo poner, *Biografía Sociedad del Conocimiento*, sí.

Sí, yo creo que en particular este tipo de problemas que nosotros hemos estudiado, se concretaban en programas de la enseñanza media, que denominamos “tipo CTS” o “enfoque CTS”, Ciencia,

Tecnología y Sociedad, que es el cruce entre los conocimientos científicos y las habilidades tecnológicas y la visión desde una perspectiva humanística y social.

Estos programas tienen diferentes versiones y no han tenido, en mi opinión, el peso que deberían en nuestra educación, nuestro sistema educativo. Han tenido cambios, particularmente yo conozco bien el Programa de Bachilleres, del Sistema de Bachilleres, en el que unas colegas y yo hicimos un libro para ese programa, y el programa oficial ha sufrido diferentes cambios, que creo que han ido justamente desmantelando la idea y confundiendo algunos de los conceptos.

Me parece de fundamental importancia, no solamente en la educación tecnológica, sino en el bachillerato en general, este tipo de programas que son realmente interdisciplinarios, obligan a los filósofos a meterse en los problemas de ciencia y tecnología, y a quienes tuvieran esa información científica y tecnológica a reflexionar desde el punto de vista humanístico y axiológico, sobre las consecuencias sociales y ambientales del desarrollo tanto de la ciencia como de la tecnología.

Intentan desmontar esta idea de una instrumentalización acrítica, ¿no? la tesis que muchas veces se suele decir que la ciencia y la tecnología son solamente instrumentos y que depende de con qué fin se utilicen, así se puede construir una bomba atómica o un artefacto de medicina nuclear.

Pero desde el enfoque CTS se comprende desde el punto de vista histórico, cultural, filosófico, cómo las ciencias y las tecnologías no son neutrales, cómo están implicadas con toda una serie de concepciones políticas, sociales, y cómo tienen efectos muy concretos en la realidad y en el medio ambiente, que es posible modificar, regular y que, en todo caso, la sociedad debería estar al tanto para ello. Esto es, les decía, el poder que podríamos generar mediante la educación media en los ciudadanos, para poder identificar toda esta serie de problemas, de riesgos, de controversias, para generar finalmente una industria mucho más segura, productos más limpios, y tratar de desactivar en lo posible muchos de los riesgos tecnológicos que ahora mismo están ahí presentes y que no podemos observar a simple vista.

Así es que creo, desde esta perspectiva específica de los estudios en ciencia y tecnología, y desde la ética filosófica, que aquí la manera concreta en que la filosofía puede dar un servicio muy útil y muy urgente en la formación de los ciudadanos que necesitamos ahora, los ciudadanos que viven en mundos tecnológicos, a pesar de que puedan sufrir condiciones de marginación, a pesar de que nunca accedan a los beneficios, digamos, más codiciados de la ciencia y la tecnología, todos y cada uno de nosotros seremos afectados o beneficiados por estos desarrollos, y más nos vale que nos entendiéramos y que pudiéramos participar en su orientación.

Sí. Les decía que lo que se nota en nuestros sistemas educativos, y es una tendencia internacional, es la reducción de esta cultura humanística y científica en los programas de enseñanza, eso para mí creo que es evidente, y eso fue lo que motivó en parte estos foros de reflexión para tratar de recuperar el puesto de las humanidades en enseñanza media, pero no es sencillo, porque la realidad es muy distinta, incluso como aprendimos los de mi generación filosofía en la universidad, ¿no?, el mundo ha cambiado demasiado, los jóvenes, todo el mundo lo vemos a diario en el salón de clases, los jóvenes tienen ya otra concepción de la realidad, una incorporación muy distinta de los artefactos tecnológicos, sobre todas las tecnologías de información y comunicación, tienen acceso a muchísima información, cosa que hubiéramos soñado nosotros, antes había que ir a una biblioteca a buscar los libros, ahora están ahí a la mano, pero al mismo tiempo quizá no pueden discernir entre ese mar de conocimientos.

Así es que la cultura humanística tiene también que transformarse y renovarse, está obligada a ello, no es una. No debería ser la idea de adaptarse o morir, sino transformarse o morir, sino transformarse y buscar alternativas inteligentes para poder también incursionar en estos medios y en estos lenguajes tecnocientíficos de una manera crítica, reflexiva, utilizando el cine, la internet, otros recursos como por ejemplo el lenguaje de las historietas o del comic, qué se yo, hay muchos recursos didácticos que los maestros intuitivamente han utilizado en estos años, pero que debe ser de un modo mucho más sistemático.

De tal manera que, decía, no se trata de que estos valores y prácticas de la cultura humanística sean subordinados o se adapten simplemente a los lenguajes técnicos y científicos, sino que mantengan su diferencia esencial, pero que puedan dialogar críticamente con esa otra cultura.

Y ahí está el problema que hay que resolver a diario en el aula y en los programas de estudio y en la formación de los profesores.

Lo que implica esto es, sin duda, una renovación, una transformación no solamente de los métodos de enseñanza, sino de nuestras concepciones y representaciones del mundo, porque tradicionalmente también los que nos formamos en esta cultura humanística éramos naturalmente ignorantes de la cultura tecnocientífica y de eso nos ufanábamos o nos sentíamos muy orgullosos y eso ya no puede ser.

Cuando hay colegas o profesores que digan: "pues yo no utilizo nunca el internet o no tengo un teléfono celular" y de eso se sienten muy orgullosos, quiere decir que son ignorantes de una dimensión de la realidad muy importante y no van a poder entender a sus alumnos si no utilizan un teléfono a diario, si no están igualmente incorporados al chateo, al mensajeo y al búsqueda inmediata de información. No van a entender ese lenguaje.

Entonces el chiste es entrar en él, entenderlo, criticarlo, no tenerle ese miedo, esa aversión y defender en todo caso la posición crítica que tendría la formación humanística, literaria y también científica en su más pura expresión para poder hacer una crítica más consistente y más fructífera de algunos de los efectos negativos de esa tecnocultura; porque a veces suele haber una simple oposición a crítica, un rechazo o un reacción. Eso tampoco parece favorable.

Así es que tendremos que modificar, transformarnos, acudiendo también a las tradiciones de pensamiento y la tradición filosófica, porque al fin y al cabo así uno lo ve si estudia los grandes clásicos, cada uno de ellos fue capaz de entender el mundo en el que vivía, de conectarse con la realidad que en ese momento socialmente latía y era efectiva.

Es lo mismo que tenemos que hacer nosotros, nos hemos quedado, en efecto, un poco desfasados y tenemos que entrar en ese carril, pero sin perder la diferencia y las propiedades de nuestra formación y de esa cultura humanística que tenemos que defender, como he sostenido, por un interés no solamente conservador, de conservación de la cultura, sino como un interés político fundamental para crear ciudadanos capaces de ejercer una crítica constructiva, racional y fructífera.

Por último, esta idea de la sociedad del conocimiento, hay un documento de la UNESCO, por cierto, de los del 2005 bastante bueno, que la sociedad del conocimiento no puede pensarse como homogénea, en todo caso hay sociedades del conocimiento y tenemos que imaginar cada país y cada comunidad cómo será esa sociedad fundada en el conocimiento, si es que de verdad apostamos a ello.

Entonces la educación tendrá un papel primordial, pero qué tipo de educación y qué tipo de sociedad de conocimiento tenemos que formar.

Yo creo que si es por esta vía de esa tecnocultura dominante, avasalladora, un poco arrogante, acrítica, vamos muy mal; porque además tiene efectos ambientales desastrosos.

Si logramos a templarla, si logramos meterle, como dice un colega, una especie de “Caballo de Troya” que desde dentro la transforme con valores críticos que provienen de la tradición humanística podríamos generar otro tipo de sociedad del conocimiento en la que se está generando, no sé, un conocimiento más plural, que se rescaten saberes tradicionales, que el conocimiento científico no sea el único conocimiento absolutamente válido y que los medios tecnológicos sean sopesados, revisados, deliberados y evaluados por la sociedad en su conjunto y no impuestos por las necesidades del mercado o finalmente por la lógica de crecimiento del capital.

Ésa es un poco la utopía, si quieren realista, parece una contradicción, pero es en términos de roles, la utopía realista de una sociedad del conocimiento plural diversificada, mucho más equilibrada en el que en efecto, apostamos por el conocimiento, por los valores universales, porque todos los seres humanos accedan como un derecho

fundamental al patrimonio cognoscitivo de la humanidad, y eso está en la ciencia, en la tecnología y en las humanidades; pero que lo hagan un equilibrio y que aprovechen y que desarrollen todas sus capacidades, tanto las capacidades técnicas, científicas y también de reflexión desde el punto de vista humanístico. Eso es lo que debemos apostar, ya no para justificar solamente nuestra existencia en tanto que profesores de enseñanza en humanidades, sino para demostrar a nuestra comunidad que en verdad somos guardianes de una tradición milenaria importantísima y fundamental para el desarrollo y el futuro de la humanidad.

Muchas gracias.

Presentadora: Muchas gracias doctor. Le van a hacer entrega de un reconocimiento por su participación.

---oo0oo---